

sus cocheros en los pescantes: dirigióse la incógnita al de en medio, abrió ella misma la portezuela, y mandó al cochero que despertaba sobresaltado parar en el paseo de Recoletos á la entrada de la calle de X.\*\*: era esta calle una de las varias que van á parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X.\*\* mirando á una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la gran verja del jardín que rodea á un Hotel de Recoletos, un solar lleno de escombros, y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abría una puertecilla al parecer condenada; á la derecha extendíase primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguía luego un Hotel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construcción, y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no había puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda á la intrépida Currita, pareció muy perpleja: indudablemente era que en la calle X.\*\* no existía el número 4, puesto que no había otra casa que el suntuoso Hotel, y en este vivía precisamente,—¡qué coincidencia!—la Mazacán en persona. . . .

¿Vendría quizá equivocado el número de la casa, y sería aquella buena alhaja la autora de la carta? . . . Parecióle esto á Currita impro-

bable, y un hecho positivo la sacó de dudas: abrióse de repente la gran mampara de cristales, que cerraba en el Hotel el fondo del vestíbulo, y apareció un coche que vino á detenerse al pié de la escalera: ni el cochero ni el lacayo traían librea, ni veíanse tampoco en el coche armas, iniciales ó corona: al ejercitado olfato de Currita, olióle todo aquello desde luego á principios de aventura.

Bajaron á poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de Manila, pañuelos de seda en la cabeza, y antifaces de terciopelo color de rosa: en la estrepitosa carcaja que soltó una al entrar en el coche, reconoció Currita á Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dió al lacayo la orden, adivinó al punto en la otra á su mortal enemiga, la Mazacán misma. Arrancó el coche, y Currita respiró desahogada: indudable era que las dos amigas se marchaban al Real, á correr alguna *juerga* . . . .

Volvióse entonces la dama á su coche, decidida á esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla á lo largo de la calle. Extendíase esta frente á ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar á través con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeuntes que el frío hacía marchar apresurados, coches que llevaban máscaras á los



bailes, y de cuando en cuando los tranvías que subían y bajaban con sordo ruido, pareciendo á lo lejos monstruosos faroles ambulantes. Solo dos reverberos de gas alumbraban la calle; el portero del Hotel había entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dió las doce y cuarto, y á poco bajó pausadamente de la calle de Serrano un hombre muy alto, con gran levitón y sombrero de copa, trayendo ambas manos cruzadas á la espalda: parecía un loco desocupado que fuera á tomar el fresco de la media noche en Recoletos, ó un genio que meditara una obra maestra, ó un desesperado que fuera á escoger el árbol más á propósito para ahorcarse á la luz de la luna, ó el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira á las altas horas de la noche, todo lo que suponemos extraño ó misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos, cruzóse el hombre del levitón con otro que venía apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero, y el corazón le latió con fuerza . . . .

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche,

y comenzó á subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltó á Currita, asaltó á él también, al notar que faltaba el núm. 4; la dama, ahogándose de ira, veíale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, canzado al fin de dar vueltas, acabando de creer que el asunto todo de los masones era una farsa, y la carta de Pérez Cuelto un chasco de Carnaval que debía de completarla, decidióse á llamar como última prueba á la puertecilla condenada, única que, fuera á parte de la del Hotel, había en la calle: los golpes retumbaron en el silencio, y un eco muy extraño que asustó á Currita, los reprodujo á lo lejos.

Nadie contestaba, é impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez con más fuerza; dió entónces una gran patada en el suelo, y siguiendo adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fué el momento escogido por Currita para lanzarse del coche, y correr tras de Jacobo, temerosa de que la puerta de la casa estuviese por el otro lado, y se le escapara dentro. Jacobo sin embargo, no había pensado en esto, ó no había podido lograrlo. Encontróle Currita parado en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de modesta apariencia y estaba ya la puerta ce-



rrada; en la planta baja hallábanse establecidas las oficinas de una Agencia Funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente á frente, y no obstante el disfraz de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto, salió entónces á su encuentro:

—¡Criatura! ...—¿Qué haces aquí?.....¿A qué has venido?.....

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, entre los que sobresalía la ira, contestó con amarga burla:

Pues nada..—Venía á indicarte dónde está el núm. 4.

—¿Pero quién te ha dicho eso?—exclamó el otro asombrado. Vamos, tú has creído otra cosa.....

Y cogiéndola del brazo, dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entónces, ciega de ira la dama, parada en la acera cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó á arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazón mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, á la manera que lanza un volcan todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por donde quiera que pasa... Esforzabase en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas habíale deshecho el emboso, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado también por la burla de Pérez Cueto, acosado por los reproches de Currita, y temeroso de perder la amistad para él indispensable de ésta, vióse al fin forzado á confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla....

Consiguiólo al punto; al oír la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira, y llenóse en cambio de un espanto casi pueril, extraño en un caracter de tan enérgico temple.

—¡Vámonos, vámonos!—decía: por Dios te lo pido, Jacobo no te quedes aquí—¡Vámonos! Y con acento de verdadero terror, mirando á todas partes espantada, repetía muy bajo:

—¡Excomulgados!—¿Sabes? ¡Están excomulgados!

Jacobo, creyendo con razón que el terror es contagioso, porque sentía él comunicársele el que á la dama agitaba, procuró sin embargo sosegarla.

—Pero no seas tonta,—mujer, no seas chiquilla.... Vámonos si quieres, pero sosiégate. ¿No estoy yo contigo? ...¿Has venido sola?...

—Sí.....

—¿Pero á pié?...—¡Qué locura!

—No...—tengo ahí un simón.....

Pues te acompañaré en él á tu casa, y me llevará después á la mía.

—¿Traes armas?—dijo ella muy bajo.

—Sí, un revólver.



Siguieron ambos hacia Recoletos, mirando ella á todas partes muy azorada, procurando él rechazar con la idea de que era un chasco de Carnaval la carta de Pérez Cueto, la inquietud que á pesar suyo le causaba el extraño terror de Currita.....

Al volver la esquina, miraronse ambos en silencio, cual si el exceso de su espanto les paralizara las lenguas.....El coche había desaparecido, y ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba á lo lejos.

—¿Le habías ya pagado?—preguntó Jacobo estupefacto.

Y ella pegándose á él con el temblor de un calenturiento, contestóle muy bajo:

—No...—no le había pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintió renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si alguien no le hubiera obligado ó persuadido á marcharse, tuvo entonces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo que pasó por su ánimo naturalmente valiente, estremeciéndolo, como á un cuerpo robusto un soplo helado.

—Vámonos andando,—dijo.

Y ambos echaron á andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravesando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerle quizá menos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar á ningún lado, fijos siempre los ojos en las

luces de los faroles que le parecían la salvación de la vida, sintiendo á la vez deseos y terror insuperable de volver atrás la cara. Al poner el pié en la acera, respiró Currita algo más desahogada, y atrevióse á mirar á un lado y otro: todo parecía solitario, y tan solo por la calle del Almirante vió á un hombre que marchaba á lo lejos, con las manos en los bolsillos, silbando la marcha de *Pan y toros*. Al pasar por San Pascual santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimiéndole el brazo cariñosamente, dijo en son de burla:

—¡Tonta!....

Llegaban ya al Ministerio de la Guerra, y allí Currita se tranquilizó más todavía, porque comenzaba á poblarse aquella soledad que le aterraba. Un coche subía por la calle de Alcalá y entraba por el paseo del Prado; en el jardín del Ministerio brillaba el fusil de un centinela, y algunas voces de hombres que venían cantando, escuchábanse muy cerca, por el lado de allá de la verja.

Forma la esquina del Ministerio un pabellón aislado, de un solo piso, con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Dos hombres decentemente vestidos, pero dando gritos y risotadas de borrachos, volvieron la esquina del pabellón, y emparejaron con Currita y con Jacobo, ante la tercera ventana: el más alto pegóse a la acera, y el más bajo llamóse á la corriente, dejándoles pasar por en medio... Hubo entonces una horrible escena



de un segundo: Currita sintió que un brutal empujón la arrancaba del lado de Jacobo; que otra mano vigorosa tiraba del embozo à éste, que caía al suelo al pié de la ventana, y algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor, chorreándole las ropas y las manos. El terror dióle alas para huir por la calle de Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo que le pasaba, sin un acento en la garganta para lanzar un grito... Un ¡ay! lastimero y agonizante llegó á sus oídos, y otra voz vigorosa y angustiada hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche.

—¡Cabo de guardia!...—¡Un hombre muerto!...

Sonó luego por tres veces la voz de ¡alto! y de seguida, uno tras de otro, como dos gritos de protesta y amenaza se oyeron dos tiros.

Currita, desfallecida y sin alientos, se agarraba ya à la verja de la iglesia de San José: pensó volver atrás, pensó seguir corriendo, pensó gritar pidiendo socorro, pensó morir allí mismo..... Oyó entónces los pitos de los serenos, sintió abrirse algunas ventanas, vió correr por la acera de enfrente un hombre encapuchado, con el chuso en ristre y el farol en lo alto.

El instinto, más bien que la reflexión, hizo le comprender entónces el riesgo que corría ella misma, y huyó de nuevo por la calle del Caballero de Gracia, sin detenerse un momento, sin resollar siquiera, sin ver nada, ni oír nada, ni pensar nada tampoco, hasta que ja-

deante y sin saber cómo se encontró en su *boudoir*, rígidos los miembros, huraña la vista, fuera de las órbitas los ojos teniendo delante el negro de ébano que levantaba en lo alto la lámpara encendida, como para alumbrar en su entendimiento el horrible cuadro que le mostraba con temerosa inmovilidad los blancos dientes, en su sonrisa siniestra, eterna como la mueca del condenado.

A la luz de aquella lámpara miróse las manos, que sentía húmedas y pegajosas, y vióse las teñidas de sangre... Un horror inmenso invadió entónces su cuerpo y anegó su alma, y una idea taladró al fin su mente, como un clavo ardiente al empuje de un mazo: la de su hija Lili, arrodillada en el estudio, mostrándole sus manitas manchadas también con la sangre de su hermano, repitiendo con la opaca vibración de un terror sin medida.

—¡Sangre...—mamá.....sangre! .....